

Pistas de tierra batida en los años 80

Fragmento de "Nocturno de tenis", de Luis Torres de la Osa

Los calcetines, los tobillos, las rótulas, los empeines, el velcro de las j'hayber, cada uno de los vellos incipientes que descienden por los gemelos como líneas dibujadas al azar, a veces, cuando el equilibrio se quiebra y uno cae de costado, o de frente, o hacia atrás, también los codos, las rodillas, los muslos, los antebrazos, las camisetas y los polos sudados (atravesados por las líneas paralelas, azules o verdes, casi angelicales en su simpleza, de reebok o adidas, paralelas que acabarán cruzándose en aquel infinito de los años 80), las pestañas, las muñecas, la boca, sí, la tierra roja también alcanza la boca, polvo de arcilla en tus labios, silicatos de aluminio húmedos, ladrillos pulverizados sobre los que te deslizas como un avión apurando la pista, polvo naranja u ocre, polvo que parece sangre arterial de un vertebrado herido cuando se humedece y se coagula, cocaína rojiza, cocaína carmesí, polvo granate, bermejo, cereza, polvo extraído de las canteras valencianas —de ese inhóspito interior mediterráneo repleto de liebres y escopetas y cementeras desoladas, que por el día parecen vestigios polvorientos del triste paso del humano sobre la Tierra y por la noche, iluminadas, extraños asentamientos de una civilización extraterrestre— polvo que asemeja ahora, impregnándote, mezclado con el sudor, manchas de vino, geranios estallados, rojo de una aurora, rojo ferrari, rojo persa, rojo indio, coralino, teja, polvo rojo que advierte del peligro que se cierne, de la amargura que encierra, del dolor que provoca —como el rojo aposemático de los insectos venenosos—, rojo como las banderas de la Unión Soviética y de China y de Hitler y de España, tierra roja como el lomo color jengibre de los corzos, los zorros, las ardillas, de los zorzales que huyen siempre cuando presienten la mira telescópica, en el último segundo, de mi escopeta, rojo oscuro como la sangre que cruza nuestras venas y las venas de los ibis, rojo mojado por la manguera negra del pistero, que camiseta blanca y pantalones azules, manchado, él también, de todos los tonos del rojo, como un pintor parisino o un acólito del Aktionismus vienés, en los pies unas alpargatas (o unas j'hayber o unas kelme o unas joma, pero nunca unas nike o unas adidas o unas reebok pump), entra ya a la pista como un archipámpano indescifrable, repleto de amargura y de rencor —quizás rencor de clase—, o tal vez de resaca —no se perdía ni una fiesta de la espuma—, la cabeza tocada con

una gorra de chulapo a cuadros, estrujada, sudada, un garabato inextricable sobre su cabeza, una galaxia colapsada, y más abajo su boca que silba, que silba melodías sobre la pista seca y atravesada de marcas, de cicatrices, de estelas y trayectorias, huellas de pelotas (más oblongas cuanto más veloces los golpes), un mapa detallado del combate previo, una mimeografía del bombardeo anterior sobre la pista 10, su rostro enjuto silbando melodías de guerra o del Banana's —esa otra pista donde él baila, fulgurante, bajo luces estroboscópicas, casi todas las noches—, sus ojos tristes y certeros centelleando mientras camina hacia el fondo de la pista y descuelga la estera, y como un buey rubio que rotura una llanura comienza a peinarla, desde un extremo hasta el otro, acercándose con cada giro hacia la red, y luego de nuevo hacia el fondo, y así completa primero tu lado y luego el mío, formando un dibujo de rectas y curvas que recuerda a una carretera de alta montaña, o al rastro de un caracol enorme y enfermo, o a un meandro visto desde el cielo, y después toma la manguera de plástico negro, abre la llave de paso, y de repente enormes arcos de agua cruzan el cielo (un pulpo de agua móvil y transparente, cristalino), y la pista diez o la pista tres o la pista siete —aquella donde mucho más tarde jugaste con una joven de 20 años a la que amabas— ya se empapa, ya absorbe el agua, que también moja un poco su rostro quemado, muchísimo más oscuro que la pista, y a medida que la tierra se humedece su color vira —como un atardecer acelerado— del naranja hialino a un café fosco, torrefacto, atravesado de bermellón, y ése sí podría ser el tono de su piel, esa piel que siempre se moja un poco —también la nuestra, que esperamos a que acabe con los ojos entornados, sentados en los bancos, afilando nuestras raquetas— mientras sigue silbando, cómo demonios silba con una colilla en sus labios, una colilla húmeda y medio apagada como los recuerdos, como los sueños, como los momentos sublimes de nuestra juventud, pero él silba y mantiene la colilla en la boca —orillada en un extremo— y riega la pista ajeno a todo, al cielo azul y a las muchachas hermosas —las hijas de las socios— que se vislumbran entre los setos, a los partidos que acontecen en las otras pistas, a nosotros, los mismos chavales de siempre, todo eso no le importa, todo eso no le importa nada, lo crucial ahora es controlar el agua, lo crucial ahora es evitar a toda costa la formación de charcos, el exceso de humedad aniquila la tierra, la pista, la convierte en una ciénaga, chaval, me susurró una

vez, en un planeta extraño, en una fosa impracticable, en una discoteca inundada, pero él es como un agrimensor eterno, celestial, como un ingeniero de almas húmedas, como un experto húngaro en silicatos, él que ha bailado en todas las fiestas de la espuma de todas las discotecas este verano, y consigue eso tan nimio y tan delicioso, ese panecillo de las tardes calientes, esa sonrisa de las muchachas amadas, ese punto perfecto de humedad, esa milagrosa esponja oscura, la arcilla hinchada levemente formando grumos de chocolate sobre el enorme y rectangular tiramisú de la pista, y ahora, complacido, sus húmedos ojos de ciervo brillando levemente, cierra ya la llave de paso con gesto enérgico —en el interior de su antebrazo se forma una barra poderosa—, el pulpo de agua se encoge y desaparece, tragado por la manguera, y la tierra recién mojada y peinada ya se asienta en capas sucesivas, los átomos de agua abandonan el polvo removido, crepitando con ligereza, y el proceso de secado desemboca en un nuevo cambio cromático, y mientras el pistero rubio escupe a un lado —un arco de agua en miniatura— y comienza a repasar las líneas con el rodillo —línea blanca a línea blanca desentierra, luminosos y fulgurantes bajo el sol, los rectángulos del tenis—, la pista vuelve a vibrar y a tender hacia rojos más anaranjados, menos oscuros, hacia rojos vexicológicos más suaves —Suiza, Canadá—, un rojo de pimentón espolvoreado sobre tomate, un rojo de fuego lánguido, litúrgico, que invita a iniciar el combate —ya tu rival está enarbolando la raqueta—, y es entonces cuando el pistero se va, ya se va, ya se marcha —el sistema de megafonía, que lo reclama en la pista siete, parece inundar el aire de electricidad estática— silbando y guiñando los ojos contra el sol, inclinando levísimamente la cabeza cuando tú musitas gracias, camino de la siguiente pista seca, arañada, bombardeada, acercando el hueco de sus manos a la eterna colilla apagada —un sábado perfecto de primavera, en esta misma pista, unos meses más tarde, me explicó mi padre, con cautela, que el pistero rubio se había colgado de un naranjo, problemas de amores, al parecer, lo había encontrado su hermano, pobre tipo, hijo; y tras jugar un partido errabundo y distante yo me sumergí, súbitamente adolescente, en la piscina, y lo imaginé en uno de los naranjales que rodeaban el club, todavía con la gorra puesta, todavía con la colilla en los labios, silbando melodías mientras preparaba el nudo corredizo, y yo sé que alguien me mintió cuando me dijo que aquel que silba no puede ser desdicha-

do del todo, porque el silbo es música y la música nos salva—, pero eso nosotros ahora no lo sabemos, ahora el pistero rubio es solo un joven enigmático que prepara unas pistas fantásticas, unas pistas de puta madre, y nos gusta tanto, pero tanto, jugar al tenis, y la pista diez reluce ahora como el Madison Square Garden, como Spook cuando encienden las luces a las 7 de la mañana, así que impacientes, todavía tenistas inmaculados, todavía astronautas resplandecientes en nuestras ropas blancas, repletos de fulgor, nos acercamos a la red, y realizamos el sorteo —con Wilson, uve doble o eme; con Prince, pe o de—, saco yo, y luego damos pasos cuidadosos, de gravedad cero, casi de baile, casi un pequeño vals vienés hacia la línea de fondo, caminamos sobre el rectángulo esponjoso y magnífico del rubio —unas primeras huellas lunares—: es la hora de desplegar el encanto estelar de nuestro tenis, es la hora de liberar todos esos jaguares internos, ha llegado ese momento fragilísimo en que todo —absolutamente todo— todavía es posible, en que uno mira el azul vibrante del cielo mientras aprieta el mango con firmeza, tal vez ejecutando un revés en el aire, y resplandecen nuestras ropas blancas, nuestras zapatillas blancas, nuestras raquetas blancas, y también las líneas blancas que ahora conforman un ring esplendoroso, todo blanco contra el polvo de ladrillo que acabará devorándonos más tarde, que nos acabará transformando en indígenas de una tribu olvidada y cansada, sucios soldados de una guerra a tres sets, sin muerte súbita, infinita, ajedrecistas de la pólvora roja, adolescentes con náuseas que prefieren morir a no correr, a no volar buscando una dejada maldita, soñadores de tobillos rojos, atletas consumidos por la incandescencia del sol y de la pista y de los errores no forzados, sombríos iluminados que hablarán solos, contra una esquina, al desperdiciar una ventaja, al estrellar un revés cortado contra la cinta, niños completamente rebozados en arcilla que sólo la paciencia materna y el fulgor de los detergentes en polvo —polvo azul contra polvo rojo— logrará limpiar, tal vez, hasta el siguiente domingo, cuando de nuevo nos pille una pelota a contrapié, cuando de nuevo nos lancemos por al aire para alcanzar esa volea, cuando rujamos dando vueltas por el suelo rojo, rojo ciervo, rojo sangre, momentáneos jefes de tribus indias, narvales luminosos sumergidos en mares rojos, mientras al fondo, muy despacio, muy tranquilo, el pistero rubio se aleja —silbando y fumando— hacia la tranquilidad mediterránea y estática de los naranjos.